

Unidades generacionales como agentes políticos en la transición política salvadoreña¹

Álvaro Artiga-González²

Palabras clave:

agencia, estructura, generación, transformación estructural.

Resumen

Los procesos de cambio político constituyen un lugar apropiado para observar las relaciones entre los agentes promotores del cambio y las estructuras que pretenden cambiar. Además, si tales procesos son impulsados por organizaciones políticas integradas mayoritariamente por jóvenes, que han elaborado su marco interpretativo para darle un sentido propio al mundo objetivo elaborado por generaciones anteriores, un enfoque generacional también resulta propicio para comprender las dinámicas implicadas en aquellos procesos.

Este trabajo es una propuesta de lectura del cambio de régimen político en El Salvador, ocurrido entre 1980 y 1992. Sin embargo, las organizaciones político-militares que lo impulsaron comenzaron a emerger, como unidades generacionales, desde 1970. Condicionadas por factores socioeconómicos, tecnológicos, político-jurídicos e ideológicos, tales unidades se constituyeron en el mismo proceso de transformación política. Las modalidades organizativas que adoptaron, las identidades colectivas que construyeron, los fines que persiguieron y las estrategias

1 Este trabajo es un avance de la investigación "Jóvenes como agentes políticos. Un enfoque generacional" que desarrolla el Departamento de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA), con financiamiento del Fondo de Investigación de esta universidad, durante la Convocatoria 2018. En dicha investigación colaboran, además del autor de este artículo, los profesores Adilio Carrillo, Carlos Monterroza, Loida Castro, María Santacruz, Nidia Umaña, Roberto López y la estudiante Doris Rosales.

2 Correo electrónico: alartiga@uca.edu.sv.

que consideraron adecuadas emergieron en ese mismo proceso a través de la interacción con otros agentes sociales y políticos. Transcurridos 22 años, las unidades generacionales lograron transformar la estructura política del país, aunque no en la forma como lo desearon al inicio. Además, ellas mismas y otros agentes resultaron transformados. Un doble juego entre la agencia y la estructura había tenido lugar.

La aplicación de un enfoque generacional, que pretende integrar a la vez la acción de la agencia con la transformación estructural, supone un desafío importante. Hablar de generaciones no es simplemente hablar de cohortes o de grupos de edad. Tampoco hablar de agencia-estructura tiene un único sentido. En ambos casos, se requiere previamente de una aclaración teórico-conceptual.

1. Introducción

El proceso salvadoreño de transformación del régimen político autoritario, de corte militar, prevaleciente desde 1930 hasta 1979, es un caso idóneo para estudiarlo desde un enfoque integracionista micro-macro, sujeto-objeto, agente-estructura, donde una premisa de partida es que los agentes políticos emergen en el mismo proceso de transformación estructural. Es lo que aquí se llamará “morfogénesis” tanto de la agencia como de la estructura. Dicho enfoque resulta una novedad cuando la costumbre es ver los procesos en términos estructuralistas, clasistas o institucionalistas (formales), o bien cuando el foco cae en los individuos protagonistas de tales procesos. Para las ciencias sociales salvadoreñas, se trata de una propuesta de aplicación de un modelo proveniente de una corriente de la teoría social realista, que analiza la realidad social en términos de dualismo.

Por otra parte, hablar de unidades generacionales remite a la discusión teórica sobre la pertinencia y definición de lo que es una generación. Desde ya se sostiene que no se trata simplemente de hacer referencia a cohortes o grupos de edad; ni tampoco se trata únicamente de hablar de niños, adolescentes, jóvenes y adultos, como tampoco de hijos, padres y abuelos. Como habrá oportunidad de darse cuenta, adoptar un enfoque generacional implica considerar más cosas que simplemente la edad. Implica especialmente hablar de vigencias, de mundos contruidos socialmente, que se superponen en un mismo momento cronológico, pero que pertenecen a grupos de personas diferentes. Estos grupos se identifican con vigencias distintas y a eso hace alusión el uso que aquí se hace del término generación.

Las vigencias son elementos estructurales socioeconómicos, políticos, jurídicos e ideológico-culturales. Constituyen un contexto histórico concreto condicionante de la acción de los agentes políticos (las unidades generacionales). Así se articulan los dos enfoques mencionados en los párrafos precedentes. De allí que la historia analítica que se desarrollará más adelante implique fijarse en la emergencia de unidades generacionales, como agentes políticos, en el mismo proceso de transformación de las vigencias políticas. Por razón de los dos enfoques adoptados, conviene considerar que dicho proceso se habría iniciado en la década de los setenta.

El contenido de este trabajo se ha distribuido en cuatro secciones o apartados. Primero se desarrolla una clarificación conceptual de lo que se ha de entender por generaciones y unidades generacionales. Luego se discute el estatuto ontológico de las unidades generacionales, centrándose en su carácter emergente y sus propiedades constitutivas. Después se coloca a estas unidades

generacionales en el proceso morfogénico que las vincula con la transformación o elaboración estructural, como más adelante se definen. Finalmente, se lleva a cabo un esbozo de historia analítica de la emergencia de unidades generacionales en el proceso de transformación del régimen político salvadoreño prevaleciente hasta 1979.

2. Generaciones y unidades generacionales

Tal vez lo primero que venga a la mente cuando se habla de generaciones es un conjunto de personas que nacieron en un mismo periodo. Esto implica que los miembros de una generación tienen, más o menos, la misma edad. Se diría entonces que son coetáneos. El criterio de definición es, por tanto, la **coetaneidad**.³ Así, por ejemplo, en El Salvador se habla de la generación posconflicto, dando a entender que se trata de las personas nacidas después de los Acuerdos de Paz de 1992. De similar forma, en Estados Unidos y otros países del “mundo desarrollado”, se habla también de una *silent generation* (niños de la posguerra), de los *baby boom*, o de las *generaciones X, Y (millennials)*, *Z*.⁴ La delimitación del periodo que define a cada generación, así entendida, ha resultado problemática en la medida en que no hay consenso entre el año exacto al inicio y al final. Y, por otro lado, aunque hubiese ese consenso, tendría que responderse si se han de incluir a todas las personas nacidas en ese año o periodo. De manera implícita, una delimitación basada en la fecha de nacimiento (y, por tanto, en la edad) da por hecho que las personas de la misma edad han compar-

tido etapas del ciclo de sus vidas y experiencias históricas (Longa, 2017). Lo primero parece evidente, pues todos van “creciendo juntos” en la medida en que van pasando por las mismas etapas de la vida: niñez, adolescencia, juventud, adultez. Lo segundo ya no es tan claro, puesto que para compartir las experiencias históricas habría que estar situados espacialmente en el mismo lugar: allí donde se producen esas experiencias.

El asunto de delimitar las generaciones sobre la base de un criterio cronológico (la coetaneidad) se complica aún más cuando, en lugar de la fecha de nacimiento, se utiliza más bien la fecha de algún acontecimiento que, se supone, deja su huella en quienes lo viven. Aquí el criterio que define a los miembros de una generación es la **contemporaneidad**. Así, por ejemplo, se habla de la generación del 68 para hacer referencia a las personas que vivieron, y fueron marcadas, por las movilizaciones juveniles en Europa y América. Esa generación llevaría esa huella durante toda su vida y, en cierta medida, la trasladarían a sus descendientes. Supóngase que ese acontecimiento es una hambruna. Es altamente probable que la sufran personas de todas las edades. ¿Sería útil hablar, entonces, de la “generación del hambre”? Es indudable que un acontecimiento de tal naturaleza deje huella en quienes lo viven, pero ¿les hace miembros de la misma generación a los hijos, padres y abuelos, quienes entre ellos pueden tener una diferencia de edad de entre 20 y 30 años? Esta pregunta se puede contestar de dos maneras. Por un lado, considerando contemporáneos simplemente a los que viven

3 En este sentido entendían Hume, Comte y otros positivistas a las generaciones, para quienes el problema era determinar la duración de una generación (Mannheim, 1993).

4 Según una nota aparecida en *La Vanguardia*, los periodos que permiten distinguir a estas generaciones son: *silent generation* (1930-1948), *baby boom* (1949-1968), generación X (1969-1980), generación Y (*millennials*, 1981-1993), generación Z (1994-2010). La nota apareció en <https://www.lavanguardia.com/vivo/20180408/442342457884/descubre-que-generacion-perteneces.html>.

en una misma época; por otro lado, solamente incluyendo a los que son coetáneos.⁵

Ahora bien, los que son contemporáneos no necesariamente son coetáneos. Definir las generaciones sobre la base de la contemporaneidad puede parecer contraintuitivo. De hecho, la contemporaneidad puede esconder la **sucesión** y la presencia de distintas generaciones en el mismo tiempo. En otras palabras, distintas generaciones pueden ser contemporáneas pese a que, cronológicamente, las más jóvenes proceden de las más adultas. Algo así como que hijos e hijas, padres y madres, abuelos y abuelas pueden compartir los mismos acontecimientos (son contemporáneos), aunque tengan, evidentemente, diferentes edades (no son coetáneos).

Podría ser también que la contemporaneidad oculte la “no contemporaneidad”. Que los contemporáneos sean en algún sentido “no contemporáneos”. ¿Cómo puede ser esto? Si se introduce un sentido cualitativo al sentido cuantitativo que suele adjudicarse al tiempo, al *cronos*, la “no contemporaneidad” de los contemporáneos se vuelve posible. Porque aunque se viva en una misma época (siendo contemporáneos), esta puede ser vivida de manera diferente (como “no contemporáneos”).⁶ No solamente porque algunos la puedan vivir de manera optimista frente a otros que la viven de manera pesimista. No solamente porque para algunos el tiempo “hoy” parece ir más

rápido mientras que para otros el tiempo pasa “muy lento”. ¡No! Es que unos y otros pueden vivir el mismo tiempo bajo “códigos interpretativos” diferentes, códigos que son propios de cada época. Las generaciones de menor edad reciben de las de mayor edad los códigos con que estas interpretaron su época, a la vez que aquellas elaboran sus propios códigos.⁷

Hay quienes prefieren hablar de “cohorte” para referirse a los coetáneos y reservan el término “generación” para quienes viven de la misma forma su tiempo (enfaticando así la dimensión cualitativa de la contemporaneidad), desarrollando de esa forma su propia conciencia generacional (Longa, 2017). Sin embargo, la coetaneidad y la contemporaneidad son rasgos de una definición minimalista de generación que, según Caballero Guisado y Baigorri Agoiz (2013), consistiría en “el conjunto de seres humanos que, perteneciendo a cohortes de edad iguales o cercanas, comparten un conjunto de elementos identitarios claramente diferenciados que codeterminan, junto a otros componentes estructuracionales, su personalidad, y consecuentemente sus actitudes y hábitos de vida”.

¿Son homogéneas las generaciones? El hecho de ser coetáneos y contemporáneos ¿lleva a desarrollar un mismo sentido del tiempo? ¿Hasta dónde viven el tiempo realmente de la misma forma los coetáneos y contemporáneos, es decir, los miembros de

5 Este es el camino adoptado por Dilthey para quien es la contemporaneidad de los coetáneos la que los convierte en miembros de la misma generación (Mannheim, 1993).

6 Esto es algo que ya habían notado Dilthey y Pinder, el tiempo tiene una dimensión cualitativa: “[V]arias generaciones viven en el mismo tiempo cronológico. Pero como el único tiempo verdadero es el tiempo vivencial, se puede decir propiamente que todas viven en un tiempo interior que en lo cualitativo es plenamente diferente a los otros” (Mannheim, 1993).

7 Ortega y Gasset planteaba esta “continuidad y ruptura” entre generaciones sucesivas en los siguientes términos: “[L]as generaciones nacen unas de otras, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior. Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido —ideas, valoraciones, instituciones, etc.— por la antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad” (citado por Marías, 1949).

una misma generación? Mannheim (1993) propuso distinguir **unidades generacionales** dentro de una misma generación. Si la coetaneidad establece una “posición generacional” y la contemporaneidad una “conexión generacional”, la vivencia diversa de una misma época dentro de una misma generación establece “unidades generacionales” diversas. Este hecho puede ilustrarse si se imagina a los individuos de una misma generación divididos por su orientación política conservadora, liberal o revolucionaria. La coetaneidad permite hablar, por ejemplo, de jóvenes. La contemporaneidad les puede ubicar, por ejemplo, en una situación de crisis política a todos. Pero la dirección que adoptan frente a esa crisis los que pertenecen a la misma generación les distingue entre conservadores, liberales o revolucionarios.⁸

Ortega y Gasset (2008) desarrolló ampliamente el concepto de generación, pero también partió de una definición minimalista estableciendo que “el conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia es una generación. El concepto de generación no implica, pues, primariamente más que estas dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital”. Si la primera nota se refiere a la “comunidad de fecha” o coetaneidad, la segunda se refiere a cierta “comunidad espacial”. El contacto vital supone una vivencia en un mismo espacio, en un espacio común. Esa vivencia es la que da pie a la elaboración de un mundo subjetivamente compartido o un estilo de vida propio, un

modo de vivir, que permite distinguir dentro de los contemporáneos y entre los coetáneos.

El contacto vital o la comunidad espacial hace que no todos los coetáneos formen parte de una generación y, menos, de una unidad generacional. No basta estar dentro del mismo rango de edad (ser coetáneos), y ni siquiera vivir unos mismos acontecimientos o una misma época (ser contemporáneos). Es necesario que entre los miembros de la misma generación haya un compartir experiencias, que son vividas dentro de marcos interpretativos compartidos. Siguiendo este razonamiento, los que viven su mundo en, y desde, la ciudad no necesariamente formarían parte de una misma generación, aunque fuesen coetáneos, con aquellos que viven su mundo en, y desde, el campo. De manera similar, los coetáneos de uno u otro país a lo largo y ancho del planeta no pertenecerían a la misma generación si entre ellos no hay un contacto vital.

Si la coetaneidad no define a las generaciones, ¿lo hace el contacto vital? Aunque este sea necesario para poder hablar de generaciones, no es una condición suficiente. Individuos que pertenecen a distintas zonas de edad (que nacieron en décadas diferentes) e incluso que pueden tener una diferencia de, por decir, 20 o más años, pueden, sin embargo, vivir en el mismo tiempo y espacio, pueden tener ese contacto vital, pero no por ello deberían incluirse, sin más, como miembros de una misma generación. El examen de una familia extensa o nuclear

8 Mannheim (1993) ilustra la existencia de diversas unidades generacionales dentro de una misma generación de la siguiente manera: “En el ámbito de la misma conexión generacional pueden formarse varias unidades generacionales que luchen entre sí desde posiciones polarmente opuestas. Pues bien, esas unidades constituirán una «conexión» precisamente cuando estén en sintonía entre sí, aunque se combatan. En torno a 1810, la juventud que participaba en la conexión generacional social y espiritual pertenecía a una misma conexión generacional, sin que importe si en aquella etapa concreta participaba en las ideas liberales o en el conservadurismo coetáneo. Pero, dentro de esa conexión generacional, cada cual pertenecía a una unidad generacional distinta, según participara en las intenciones básicas de los conservadores o de los liberales”.

pone en evidencia la presencia, sin lugar a dudas, de al menos dos o tres generaciones. Así que ni la coetaneidad ni el contacto vital son condiciones suficientes para definir a las generaciones, lo cual no quiere decir que sean condiciones que no haya que tomar en cuenta a la hora de estudiar a las generaciones.

Por otra parte, el contacto vital o la comunidad espacial facilitan el compartir experiencias y la elaboración de sentidos compartidos para los hechos o acontecimientos. Si los coetáneos tienen ese contacto vital, pueden llegar a desarrollar códigos interpretativos comunes que les diferencian de aquellos que pertenecen a generaciones diferentes. Por esta razón puede sostenerse que un mismo hecho para varias generaciones puede dejar de ser el mismo hecho, en la medida en que es interpretado de manera distinta por los que pertenecen a generaciones distintas. Si los códigos interpretativos permiten **la construcción social de mundos diferentes**, las generaciones se diferenciarían entonces por sus mundos, no por las personas que las integran (Marías, 1949). No es, por tanto, la semejanza entre las personas (su edad) la decisiva para distinguir generaciones, sino “el mundo” en el que esas personas viven, la estructura de las vigencias (objetivas y subjetivas) que constituyen su mundo, los problemas que están planteados y el modo en el que cada uno interpreta esos problemas. En términos de Berger y Luckmann (1976), podría decirse que el mundo objetivo no es vivido igualmente por jóvenes, adultos y ancianos

porque, a pesar de ser el mismo mundo objetivado, es vivido subjetivamente de manera diferente. Jóvenes, adultos y ancianos viven simultáneamente en dos mundos: el mundo objetivo y objetivado, y el mundo subjetivo y subjetivado.

La diferencia de los mundos subjetivos, de la estructura de las vigencias (Marías, 1949), ayuda a entender por qué los contemporáneos pueden ser a la vez no contemporáneos; así como también por qué en una misma generación pueden existir diferentes unidades generacionales. También sirve para entender el papel que tienen las generaciones, y las unidades generacionales, en los procesos de transformación social. Sin asumir completamente que son las generaciones las que hacen la historia, no puede pasarse por alto el componente generacional que pueden tener los procesos de cambio social. De hecho, más adelante se profundizará en este asunto cuando se trate a las unidades generacionales como agentes políticos.⁹

El hecho de que las actuales generaciones proceden de las generaciones anteriores significa que aquellas heredan de estas las formas de vivir en el mundo. Se trata de una verdadera transmisión de vivencias y vigencias.¹⁰ Pero ello no impide que las actuales generaciones construyan, a la vez, un mundo nuevo, su propio mundo, sus propias vigencias. Esto es lo que los adultos expresan cuando dicen que los jóvenes viven en su mundo. A medida que pasa el tiempo, los miembros de las

9 Ver el apartado 4.

10 Ortega y Gasset se refería a las vigencias como el “Espíritu del tiempo”: “En todo momento el hombre vive en un mundo de convicciones, la mayor parte de las cuales son convicciones comunes a todos los hombres que conviven en su época: es el espíritu del tiempo. A esto hemos llamado el mundo vigente, para indicar que no sólo tiene la realidad que le presta nuestra convicción, sino que se nos impone, queramos o no, como ingrediente principalísimo de la circunstancia. Lo mismo que el hombre se encuentra con el cuerpo que le ha caído en suerte y tiene que vivir en él y con él, así se encuentra con las ideas de su tiempo y en ellas y con ellas —aunque sea en el modo peculiar de contra ellas— tiene que vivir. Ese mundo vigente —ese «espíritu del tiempo» hacia el cual y en función del cual vivimos, en vista del cual decidimos nuestras más simples acciones es el elemento variable de la vida humana” (2008).

generaciones de mayor edad van experimentando una nostalgia cada vez mayor respecto a sus propias vigencias. Van viendo cómo estas van perdiendo aquel poder organizador de la experiencia. No porque para ellos se trate de una moda pasada, sino porque esa moda, esas vigencias, no lo son para los más jóvenes. Para estos lo vigente es diferente. Ello no obsta para que algunas de las vigencias de las generaciones actuales retomen algo de las vigencias de las generaciones mayores. Al final de cuentas, los mundos socialmente contruidos por las generaciones anteriores no desaparecen así no más con la aparición de una nueva generación.

Si los mundos subjetivos de las generaciones presentes en un mismo momento pueden ser diferentes, eso significa que esas generaciones no son contemporáneas. Pero también puede significar que esas generaciones cumplen socialmente funciones diferentes. Mientras las generaciones de mayor edad gestionan su época, su mundo, las generaciones de menor edad están en proceso de gestación de su propio mundo, de su época. Por eso, los mismos hechos y acontecimientos vividos intergeneracionalmente pueden no tener el mismo significado y, por tanto, pueden orientar el comportamiento generacional de manera diferente. Vistas de esta manera, las generaciones se traslapan, no se suceden.

Si hay continuidad en la vida social, si el mundo socialmente construido persiste a pesar del cambio o relevo generacional, es porque las nuevas generaciones aprenden a vivir en el mundo de las generaciones anteriores. A ello contribuyen los procesos de socialización que los miembros de las generaciones de mayor edad realizan sobre los miembros de las generaciones de menor edad. Sin embargo, pese a la persistencia de ese mundo social elaborado por las generaciones anteriores y heredado

por las generaciones actuales, estas tienen la capacidad de introducir modificaciones e incluso de innovar. Con ello lo que se quiere decir es que entre el mundo y las vigencias de las generaciones anteriores y el mundo y las vigencias elaboradas por las generaciones actuales no existe una ruptura, un borrón y cuenta nueva. Pero tampoco se trata de una reproducción sin más de lo heredado.

Lo dicho en los párrafos anteriores tiene una consecuencia importante en la definición de los conceptos “generación” y “unidad generacional”, pues permite diferenciar las generaciones, no por el dato biológico sin más, sino por “su mundo”. El “mundo” en el que los miembros de las generaciones viven, la estructura de sus vigencias, la forma de enfrentar los problemas e interpretar los hechos y acontecimientos que viven, eso es lo que hace la diferencia (Marías, 1949). Una diferencia que usualmente coincide con las diferencias biológicas de los jóvenes, adultos y ancianos, pero que no está necesariamente anclada en ellas. Esta es la razón por la cual algunos jóvenes viven como si fueran adultos, o algunos adultos se comportan como si fueran jóvenes. En otras palabras, no hay que excluir la posibilidad de incluir en una misma generación a personas de zonas de edad diferentes.

Al aplicar “la teoría de las generaciones” al estudio histórico de la literatura cubana, Lazo (1973) introduce otro elemento que se considera conveniente en este trabajo. Si una generación no se define nada más por lo biológico, por la zona de fechas, esto quiere decir que las generaciones no nacen simplemente. Para que se pueda hablar de generaciones, debe haber algo más que los miembros de esas generaciones. O, dicho de otra manera, no por nacer en la misma zona de edad, las personas forman parte de una generación.

No. Las generaciones se constituyen y, en el proceso de constitución, hay que distinguir la acción combinada de tres factores básicos: la coetaneidad, la comunidad de vivencias y la polarización de iniciativas.¹¹ De las dos primeras ya se ha hablado antes. De manera muy breve, se tratará aquí el tercer factor.

En lo sustancial, al referirse a la polarización de iniciativas, Lazo habla del interés de las generaciones en proyectarse históricamente. Del mundo en que les toca vivir, quienes han de constituirse en generación seleccionan “los motivos en torno a los cuales va[n] a desarrollar su proyección histórica”. Hay aquí un proceso de selección consciente del material sobre el que han de trabajar para dejar su huella en la historia. La selección es voluntaria y no está determinada. Los miembros de la generación en proceso constituyente actúan conscientemente. La generación que así ha de constituirse “a través de un proceso homogeneizador, en continuas, en innumerables decisiones, manifiesta y afianza su voluntad, voluntad colectiva, generacional, de tomar posesión de la historia, de crearla de modo peculiar, y de diferenciarse del pasado, especialmente del pasado inmediato” (Lazo, 1972). Se puede decir, por tanto, que en la constitución de una generación hay una voluntad de ser y de actuar. Una generación se constituye voluntariamente y en la acción. Sin voluntad ni acción, la generación se reduce a una mera agregación de los coetáneos. Una generación así solamente es una generación reproductora de las vigencias heredadas de sus antepasados; no es una generación productora de sus propias vigencias. Y no es este el caso que interesa en este trabajo.

La esencia volitiva de las generaciones actúa como criterio distintivo para el analista social. Ni las generaciones, ni las unidades generacionales, deben ser definidas *a priori* en una simple operación de escritorio. Una generación no es simplemente un corte cronológico que se hace en el flujo constante de seres humanos. Los que definen a una generación son sus miembros, son ellos quienes “por primaria decisión de su voluntad, influida, claro está, pero no dominada, por lo cronológico y por las circunstancias, los que se agrupan en núcleos generacionales” (Lazo, 1972). El científico social puede establecer *a priori* cuáles son los límites de una generación, entendidos estos límites como los integrantes de la generación. Sin embargo, esta sería una operación más con fines operativos que sustantivos. La indagación empírica ha de llevar al científico a la constatación de la adecuación del límite preestablecido. Quien no tenga la voluntad de ser y actuar como constructor de nuevas vigencias ha de quedar fuera de la generación, aunque por su edad pudiese haber sido incluido.

Por otro lado, dentro de una misma generación pueden distinguirse dos bloques o núcleos según un criterio de edad cronológica. Un bloque o núcleo estaría integrado por los miembros de mayor edad, mientras que el otro estaría integrado por los de menor edad. El primer núcleo estaría “más cerca” de los miembros de la generación anterior, de la generación que les precede. El segundo grupo estaría “más cerca” de los miembros de la generación que les sigue. Los núcleos adyacentes que pertenecen a dos generaciones distintas pueden jugar un papel de “puentes intergeneracionales”. En cierta forma, serían los puentes

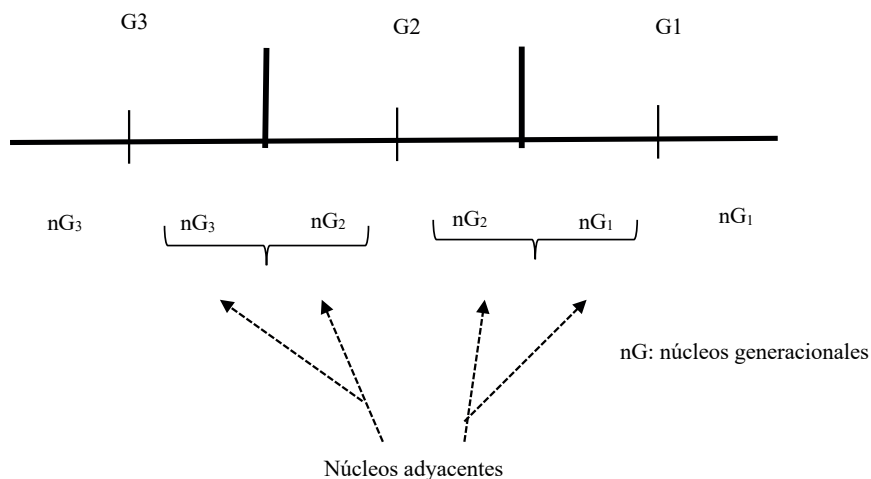
11 El punto de partida de Lazo para identificar estos factores es la propuesta de Petersen (1946), quien considera elementos constituyentes de una generación: la fecha de nacimiento de sus miembros, los elementos formativos o educativos, las relaciones personales, las experiencias generales de la promoción, la acción de guías o caudillos, el lenguaje peculiar de la promoción y el anquilosamiento de la generación anterior.

que permiten la transmisión hereditaria del mundo de los de mayor edad al mundo de los

de menor edad. La figura 1 ilustra los distintos núcleos en tres generaciones concurrentes.

Figura 1
Generaciones y núcleos generacionales

G1, G2, G3: generaciones concurrentes



Fuente: elaboración propia.

El hecho de que una generación sea colocada a continuación de la otra no debe interpretarse como sucesión. Se trata de un recurso nada más ilustrativo a la vez que intuitivo. La generación a la derecha (G1) representa la generación de mayor edad, mientras que la generación a la izquierda (G3) es la de menor edad. Cada una de estas generaciones (incluyendo la intermedia, G2) tiene dos núcleos (nG), donde el que está a la derecha es el de los de mayor edad y el que está a la izquierda es el de los de menor edad. Los núcleos adyacentes corresponden a generaciones distintas y permiten establecer la continuidad intergeneracional. Sobre dicha continuidad opera la transmisión de vigencias de unas generaciones a otras. A la vez, esta continuidad es la que vuelve problemática la definición de las generaciones única-

mente a partir de la zona de edad, porque los que están cerca de los límites generacionales pueden tener muchas semejanzas; no obstante, la participación en mundos subjetivos diferentes.

Si cada una de las generaciones en la figura 1 se diferenciara por 30 años, los que están en el centro de la G1 superarían en 60 años a quienes están en el centro de la G3. De manera intuitiva, la secuencia hijos-padres-abuelos (hijas-madres-abuelas) facilita comprender la concurrencia diferente de las tres generaciones mostradas. Producto de esa concurrencia diferencial, los núcleos generacionales se relacionan de manera distinta según sea su posición en esa concurrencia. Así, mientras el nG₃ puja por la gestación de un mundo nuevo, el nG₁ vive instalado en el

mundo que gestó hace mucho y que ha heredado al nG₂.¹² Este tipo de relaciones intergeneracionales deberían ser integrados en los análisis sobre el cambio social, aunque ello no implique necesariamente que dicho cambio sea cuestión de tres generaciones. Puede que haya casos en los que las cosas suceden de esa manera, pero quizá lo más frecuente sea que el cambio social implique más de tres generaciones. Sin embargo, siempre será más plausible que sea una generación de jóvenes la que se convierte en motor de los cambios sociales y que los mismos sean resistidos por las generaciones de los adultos.¹³

Más específicamente, siempre será necesario que de personas y actores sociales, los miembros de una generación se constituyan en agentes políticos que manifiesten y afiancen su voluntad, voluntad colectiva, generacional, de tomar posesión de la historia, de crearla de modo peculiar y de diferenciarse del pasado, especialmente, del pasado inmediato (Lazo, 1972).

La generación (o la unidad generacional) que promueve los cambios es una generación (o unidad generacional) decisiva (Lazo, 1972). Los pensamientos de sus miembros son claros y están en completa posesión de su sentido, lo cual no quiere decir que no cometan errores, pero ya no están dispuestos a vivir como lo han hecho quienes les han antecedido. Han decidido volver vigentes socialmente lo que, por de pronto, solo tiene vigencia para ellos. Se han lanzado a luchar por su mundo, no

solo para que se les respete en medio de otros mundos posibles, sino para que su mundo sea el socialmente vigente; para que sus ideas se vuelvan en las ideas habituales, en un horizonte vital generalizado. Y así será hasta que una nueva generación “tome las riendas de la historia” y haga entrar en crisis este horizonte vital. En fin, hasta que una nueva generación haga predominar socialmente su propio horizonte vital.¹⁴

3. Las unidades generacionales como realidades emergentes: el estatuto ontológico

La existencia de un elemento volitivo como necesario para definir especialmente a las unidades generacionales descarta inmediatamente que estas se formen por la mera agregación de sus miembros. Una agregación por razones de edad (la coetaneidad) solamente establece relaciones formales, no necesarias y externas, entre los miembros del agregado. En cambio, la volición de interactuar unos con otros para “hacerse cargo de la historia” implica el establecimiento de relaciones sustanciales, necesarias e internas, entre los miembros de la unidad así constituida.¹⁵ La existencia de este tipo de relaciones hace que sea más adecuado hablar de un proceso de emergencia de unidades generacionales que son irreductibles a sus elementos constituyentes. En este sentido, las unidades generacionales son realidades **emergentes**.

12 En el lenguaje coloquial, esta distancia generacional suele ser vivida claramente por abuelos y abuelas, cuando expresan un mayor asombro ante lo que hacen nietos y nietas, que ante lo que hacían sus hijos e hijas.

13 Lazo (1972) habla de un “trozo verdaderamente histórico” en el que se enfrentarían dos generaciones que viven momentos distintos. Una que se “inicia”, la otra que “predomina”.

14 Este proceso de sustitución continua de horizontes vitales ya antes fue interpretado como un proceso de relevo entre portadores de cultura, que permite caracterizar a la sociedad humana en términos generacionales “a) por la constante irrupción de nuevos portadores de cultura; b) por la salida de los anteriores portadores de cultura; c) por el hecho de que los portadores de cultura de una conexión generacional concreta sólo participan en un periodo limitado del proceso histórico; d) por la necesidad de la tradición —transmisión— constante de los bienes culturales acumulados; e) por el carácter continuo del cambio generacional” (Mannheim, 1993).

15 La distinción de estas relaciones ha sido tomada de Danermark *et al.* (2016).

La emergencia es una categoría ontológica (Bunge, 2005). Aplicada en las ciencias sociales, implica reconocer que un nivel o estrato social superior emerge de las relaciones sustanciales y necesarias de sus elementos constituyentes que operan en un nivel o estrato inmediato inferior. Las propiedades de la realidad social emergente gozan de autonomía y no pueden reducirse a otros niveles de realidad con los cuales, sin embargo, mantienen relaciones de acoplamiento y mutua influencia causal (Mascareño, 2008).

El carácter emergente de las unidades generacionales es la razón ontológica del por qué ni la coetaneidad ni la contemporaneidad pueden ser los elementos que las definen. Los individuos que por ser coetáneos o contemporáneos son agrupados en una unidad (en términos categóricos) no necesariamente tienen relaciones entre ellos. Y si las tienen, esas relaciones pueden ser nada más de carácter formal. La incorporación de cada uno de los miembros en la unidad es independiente de la incorporación de cualquier otro en esa unidad. Se les ha agregado simplemente porque nacieron en la misma zona de edad o porque, casualmente, viven en la misma época y experimentan los mismos acontecimientos. Lo que aquí se sostiene es que la voluntad de ser y hacer implica entrar en relaciones unos con otros, a incorporarse en un esfuerzo conjunto que hace que sus mutuas relaciones sean sustanciales y que la existencia de unos dentro de la unidad sea necesaria para la existencia de los otros. De esas relaciones internas emerge, entonces, la unidad generacional.

Esta manera de entender las unidades generacionales es muy parecida a cómo Merton comprendía la constitución de los grupos. Para él, un grupo está constituido por “un número de personas que interactúan

entre sí de acuerdo con esquemas establecidos” (Martín-Baró, 1989). Nótese bien que se trata de una unidad *que se da* “cuando los individuos interactúan entre sí y comparten unos esquemas o normas de interacción” (Martín-Baró, 1989). Sin las interacciones entre los miembros, sin su mutua relación, no tiene sentido hablar de grupo como realidad social y, mucho menos, de una realidad social emergente.

La similitud teórica entre grupos y unidades generacionales puede ser de utilidad para identificar los elementos constitutivos de las segundas. Desde la psicología social, se enfatizan los siguientes criterios para que se pueda hablar de la existencia de un grupo (Martín-Baró, 1989):

- Los miembros han de tener alguna *conciencia* sobre los vínculos que les unen entre sí.
- Las personas que integran un grupo buscan la satisfacción de *necesidades* y *motivaciones* a través de la relación con otras personas.
- Un *objetivo común* sirve de elemento unificador.
- Las relaciones mutuas entre los miembros del grupo están *estructuradas* organizativamente.
- Los miembros del grupo no solo tienen interacciones, sino que se vuelven *interdependientes*.
- Esa interdependencia hace que las acciones de los miembros estén mutuamente referidas, de tal forma que están *esencialmente vinculadas*.

Estos criterios son reagrupados para definir a un grupo (en el sentido que interesa acá para entender a las unidades generacionales) como “aquella estructura de vínculos y relaciones entre personas que canaliza en cada circunstancia sus necesidades individuales y/o los intereses colectivos” (Martín-Baró, 1989).

El carácter circunstancial remite, a su vez, a la historicidad de los grupos. Cada grupo debe ser remitido, para entenderlo, a sus circunstancias concretas y al proceso social que le configura. Como las circunstancias y el proceso configurador difieren en el espacio y el tiempo, dos grupos formalmente similares pueden ser esencialmente diferentes, lo cual no impide que estos grupos diferentes puedan ser expresión fenoménica de procesos sociales equivalentes en contextos y situaciones históricas distintas. Este es el caso de las unidades generacionales mostradas en la figura 1. Este hecho ontológico es el que posibilita metodológicamente la comparación de unidades generacionales de épocas diferentes, puesto que los procesos de su emergencia (morfogénesis)¹⁶ son de la misma naturaleza.

Por lo planteado en los párrafos anteriores, se puede sostener que las unidades generacionales son, a la vez, realidades emergentes y realidades totales. No se reducen a un mero conjunto de individuos o de personas. Suponen vínculos entre sus miembros, formando parte de una estructura, que los hace interdependientes. Desde esta perspectiva se puede decir que, al estar mutuamente referidas las relaciones entre los miembros de la unidad generacional, de esas mutuas relaciones emerge **la estructura o modalidad organizacional** como propiedad de la unidad. A este carácter emergente Martín-Baró le denominaba carácter social que “surge como producto de la referencia mutua y necesitante de sus miembros y/o de sus acciones” (Martín-Baró, 1989). Formando parte de esa estructura es cómo las relaciones mutuas (interacciones) entre los miembros de la unidad generacional son necesarias, para que la misma pueda existir, además de ser relaciones internas.

Si la satisfacción de las necesidades y motivaciones de las personas las llevan a formar parte de grupos, los medios adoptados para aquella finalidad constituyen **la estrategia** del grupo. De la interacción deliberativa entre los miembros del grupo o la unidad generacional, en medio de la cual echan mano de los modelos teóricos disponibles social y culturalmente, emerge entonces la estrategia como propiedad del grupo o de la unidad. Para estos efectos no importa si las necesidades y motivaciones son particulares, peculiares de los miembros. También pueden ser expresión y materialización de necesidades y motivaciones colectivas, que van más allá de las fronteras del grupo, pero que son asumidas, como propias, por sus miembros. Que sean lo uno o que sean lo otro es una cuestión formal. Pero que a partir de ellas los miembros de un grupo o unidad generacional reflexionen, dialoguen, debatan mutuamente, esa es una dinámica de la que emerge la estrategia.

Las mutuas relaciones entre los miembros de la unidad generacional van constituyendo, a la vez, su **identidad**. Es un hecho muy frecuente que las personas que constituyen un grupo busquen prontamente dotarse de una identidad. Pero no es raro que esta sea más una etiqueta, no pocas veces de carácter desiderativo. Es decir, una etiqueta que expresa lo que se quiere ser. Una identidad así sería más de carácter formal. Sin embargo, la identidad también puede tener el carácter emergente, con propiedades causales, a partir del juego mutuo entre los miembros del grupo. Entonces, más que una etiqueta, una identidad así emerge como una construcción social. Como tal, no es fija, es cambiante. Es una identidad moldeable según las circunstancias, llegando al punto de ser una identidad narrativa (Ricoeur, 1995 y 1996). Emergiendo

16 Ver siguiente apartado.

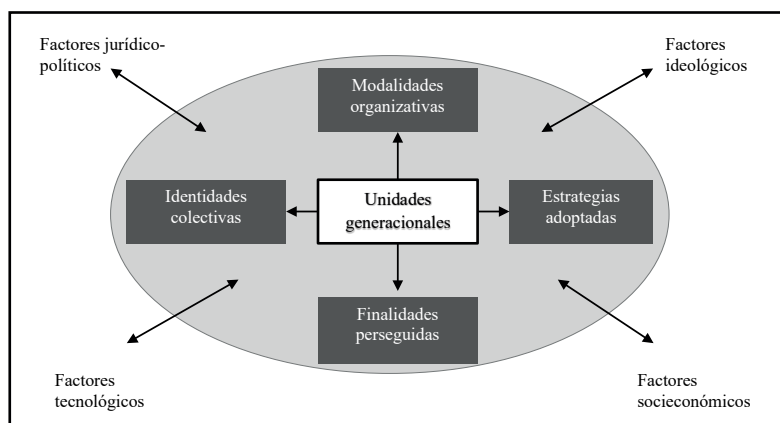
de un proceso social, la identidad del grupo o de la unidad generacional no tiene un carácter esencial.

4. Las unidades generacionales y el ciclo morfogénico

La movilización de jóvenes es un proceso de emergencia de unidades generacionales, con sus modalidades organizativas, identidades colectivas, estrategias adoptadas y finalidades perseguidas. Es un proceso que no se da en el vacío. Es un proceso histórico en el que las unidades generacionales son configuradas tanto interna como externamente: en lo interno, por las relaciones entre sus miembros; en lo externo, por sus relaciones con factores de índole estructural, es decir, con factores tecnológicos, socioeconómicos, jurídico-políticos e ideológicos (ver figura 2). Ninguna de estas relaciones es determinista, aunque sí es condicional. Pero es condicional en un doble sentido: los factores históricos condicionan la emergencia de las unidades generacionales, a la vez que estas condicionan (a tal grado que pueden transformar) los factores históricos. Se trata de un proceso de mutua influencia, el cual analíticamente puede ser separado en dos momentos según sea la dirección de esa influencia. Teóricamente, lo que está en juego es la relación agencia-estructura, donde las unidades generacionales se entienden como la agencia y los factores históricos como la estructura.

La emergencia de unidades generacionales, con sus propiedades y fuerzas causales, puede ser estudiada a través del tiempo mediante el análisis de procesos morfogénicos, es decir, aquellos procesos que tienden a elaborar o cambiar una forma, estado o estructura social (Archer, 2009). Dichos procesos se dan a partir de las interacciones entre diversos agentes sociales que buscan, precisamente, el cambio estructural. Un cambio que puede registrarse en las estructuras económicas, sociales, políticas, jurídicas e ideológico-culturales. Un cambio que puede ser resistido por otros agentes sociales, como es el caso de aquellos que se ven beneficiados por el *statu quo*, y que más bien impulsan un proceso morfoestático (de conservación). El cambio elaborado o resultante no es necesariamente el previsto, deseado o buscado intencionalmente por los agentes. Será el resultado de las interacciones entre los distintos agentes involucrados en el proceso morfogénico (o morfoestático, según sea la perspectiva de esos agentes), en el cual estos echan mano de todos los recursos (materiales, energéticos, tecnológicos, humanos, financieros, temporales, jurídicos, simbólicos e ideacionales) que tienen a su disposición. Por supuesto, los agentes que disponen de más recursos tendrán mayores probabilidades de influir en el proceso morfogénico, pero no determinarán su resultado.

Figura 2
Unidades generacionales: condiciones y propiedades emergentes



Fuente: elaboración propia.

Ahora bien, en el mismo proceso de transformación (elaboración) o reproducción estructural, los agentes sociales experimentan una transformación. La morfogénesis es, por tanto, **morfogénesis doble**: “[L]a misma secuencia por la cual la agencia trae consigo la transformación social y cultural es simultáneamente responsable de la transformación sistemática de la propia agencia social” (Archer, 2009). Archer habla de “agencia social” en singular, la cual está constituida por “agentes sociales” en plural. Como estos tienen la intención de transformar o reproducir las estructuras sociales y culturales (no solo “las sufren”), entonces conviene tratarlos como agentes políticos. Como tales, tienen conciencia e intencionalidad de cambio o preservación del *statu quo*. Algunos de estos agentes tratan de influir en los procesos morfogenéticos o morfoestáticos de manera individual, mientras que otros lo hacen de manera colectiva. Las unidades generacionales son de esta clase de agentes políticos. Se constituyen en el mismo proceso morfogenético o morfoestático.

Como se dijo antes, la clave para entender a las unidades generacionales no es tanto de orden cronológico, si sus integrantes pertenecen, o no, a la misma zona de edades. La clave está en analizarlas en medio del proceso de transformación o reproducción de las estructuras sociales; es decir, la clave reside en considerarlas como parte de un dualismo estructural. Las unidades generacionales llevan a cabo su acción transformadora o reproductora según las posibilidades que les ofrecen las estructuras que buscan cambiar o mantener. En este sentido, se pueden asumir dos **teoremas no conflacionistas** (para no fundir, fusionar o disolver a la agencia en la estructura o viceversa): “(i) que la estructura es necesariamente previa a la(s) acción(es) que la transforma y (ii) la elaboración estructural es necesariamente posterior a esas acciones” (Archer, 2009). Las estructuras sociales y culturales, en tanto distribución de posiciones y beneficios que las personas y los actores (individuales o colectivos) tienen y gozan en un momento dado, establecen límites a la vez que hacen posible la acción (y la interacción) de los agentes que las

transforman o reproducen. Por eso se habla de condicionamiento y, como tal, es previo a la acción e incluso a la misma constitución de los agentes. Pero, al ser transformadas o reproducidas por la acción de los agentes, las estructuras sociales y culturales también pueden ser consideradas como producto o resultado, como punto de llegada.

El condicionamiento de los agentes permite prever que no todo intento de constitución de unidades generacionales tiene éxito, sino solo aquellos que gozan de las condiciones que las hacen posibles. Este proceso de constitución requiere, por un lado, la reflexividad de los agentes, pues no se trata de un proceso que ocurra a ciegas, como tampoco está determinado; y, por otro lado, de la intencionalidad y la voluntad de echar a andar las respectivas estrategias de acción. Las estructuras sociales y culturales ejercen influencias condicionales (tienen fuerzas causales) sobre los agentes. Les predisponen a distintos cursos posibles de acción según los recursos de que disponen. La emergencia de unidades generacionales está estructuralmente condicionada, mas no está determinada. Las decisiones y los rumbos de acción que adopten dependerán de la capacidad reflexiva de los agentes. Pero esas mismas decisiones y rumbos de acción también están social y culturalmente condicionadas. Las condiciones sociales y culturales constituyen, por tanto, el punto de partida para los procesos morfogenéticos y morfoestáticos.

Una posición teórica no conflacionista permite afirmar que, si bien las condiciones estructurales, tanto sociales como culturales, ejercen influencia sobre los agentes sociales actuales, ellas mismas son el resultado de la interacción de agentes sociales pasados. Esto quiere decir que el punto de partida de un proceso morfogenético es, a la vez, el punto de llegada de un proceso de elaboración

previo, llevado a cabo por otros agentes sociales (o una combinación diferente de agentes), los cuales, a su vez, fueron transformados en ese proceso previo. Cada proceso morfogenético o morfoestático tiene su propia agencia. Si a cada uno de estos procesos morfogenéticos o morfoestáticos se les denomina “ciclo”, entonces la morfogénesis es un ciclo que tiene asociada una distinta agencia y unos agentes específicos. Las unidades generacionales pueden ser encontradas, por tanto, al inicio y al final de cada ciclo. En el inicio, a través de su emergencia; al final, como unidades generacionales transformadas y consolidadas. Estas unidades generacionales han de ser contemporáneas, mas no coetáneas, de unidades generacionales que se han de constituir en el siguiente ciclo morfogenético. Para estas nuevas unidades generacionales, los condicionamientos estructurales serán su punto de partida, su condición de posibilidad; pero para las unidades generacionales previas, estas condiciones estructurales han sido elaboradas por ellas. Esta emergencia de unidades generacionales en momentos distintos de los procesos morfogenéticos o morfoestáticos explica que unidades generacionales contemporáneas pueden pertenecer a ciclos morfogenéticos diferentes. Por ello, no ha de extrañar que unidades generacionales previas, que se vieron favorecidas por el resultado del proceso morfogenético que ellas impulsaron, opten frecuentemente por acciones morfoestáticas en el nuevo ciclo. Así como no ha de resultar raro que unidades generacionales “perdedoras” en el ciclo morfogenético anterior (o que no están conformes con el resultado) adopten acciones con orientación morfogenética junto a unidades generacionales que emergen en una nueva ronda, lo cual no quiere decir que pertenezcan a la misma generación, ni que necesariamente compartan sus “mundos”, su “tiempo”, sus “ideas”. En este caso, se trataría

de generaciones que analíticamente pertenecen a dos ciclos morfogenéticos diferentes.

La condicionalidad estructural de las unidades generacionales posibilita la innovación, pues la acción de los seres humanos incluye su “capacidad de interpretar las mismas condiciones materiales, elementos culturales, circunstancias y situaciones de modos diferentes, y por ello de introducir patrones o cursos de acción novedosos en respuesta a ellos” (Archer, 2009). Las unidades generacionales emergen y se constituyen interpretando sus propios condicionamientos estructurales. La capacidad reflexiva de las unidades generacionales es responsable de las diferencias en su propia constitución. Las propiedades emergentes de las unidades generacionales (ver figura 2) varían en función de su capacidad reflexiva, la cual, por supuesto, está condicionada estructuralmente. Como al inicio de cada ciclo morfogenético, los condicionamientos estructurales son diferentes, las propiedades emergentes de las unidades generacionales pueden variar de un ciclo a otro. Dicho de otra manera, las modalidades organizativas, las identidades colectivas, las estrategias adoptadas y las finalidades perseguidas “llevan la huella” de cada ciclo morfogenético. Así se comprende fácilmente que la capacidad de innovación sea ejercitada más frecuentemente (si es que no exclusivamente) por las unidades generacionales que se constituyen en el nuevo ciclo morfogenético. Y que, por tanto, la reflexividad de las unidades generacionales junto a su práctica influyan, no solo en su misma constitución, sino en la interacción social para que “opere efectivamente como mecanismo responsable de la estabilidad y del cambio” estructural (Archer, 2009).

Por otra parte, las unidades generacionales son agentes corporativos (en el lenguaje de Archer) y, por tanto, saben lo que quieren, lo

pueden articular para sí mismas y para otros, y se organizan para obtenerlo. Así es como pueden participar en acciones concertadas por diferentes agentes, individuales o corporativos, para cambiar o mantener las condiciones estructurales. De allí que las interacciones entre unidades generacionales puedan hacer emerger articulaciones organizativas de un nivel superior, irreducible a la mera suma de las unidades generacionales constitutivas. Habrá que diferenciar, por tanto, el nivel de articulación y de organización al que pertenecen las unidades generacionales.

En un mismo ciclo morfogenético, pueden articularse unidades generacionales de ciclos diferentes y la nueva identidad así constituida podría no pertenecer a la misma generación. Así, por ejemplo, supóngase que una unidad (U) de una generación “más joven” (G_3) se articula con otra unidad (U) de una generación “de mayor edad” (G_1). Formalmente podría expresarse esta articulación como: $UG_1 + UG_3 = U(G_1 + G_3)$. Esta nueva U no es ni de G_1 ni de G_3 . Sus integrantes son de ambas generaciones. Esta U debiera ser considerada quizá como una U' si se quisiera expresar así su estatuto ontológico diferente. Ya no sería una unidad generacional como tal. Sin embargo, este estatuto ontológico no se debe a la presencia de miembros de generaciones distintas en un determinado nivel de articulación. No, la diferencia estriba en las interacciones que tienen lugar entre las unidades generacionales, sean de la misma o diferente generación. Así como los agentes individuales pueden articularse en un agente corporativo; varios agentes corporativos pueden articularse en un agente corporativo que supone un mayor nivel de coordinación. Así como los sindicatos pueden articularse en federaciones, los partidos políticos en coaliciones o alianzas, las organizaciones sociales en movimientos, las unidades generacionales también lo pueden hacer emergiendo como un agente

corporativo nuevo. Si lo hacen con otras unidades de la misma generación, entonces se estará ante un movimiento, una coordinación de unidades organizativas con predominio de miembros de una misma generación.

La articulación y coordinación entre agentes sociales puede presentarse como interacción social, interacción sociocultural o interacción de grupo, según si el proceso morfogenético se refiere a la estructura, la cultura o la agencia respectivamente (Archer, 2009). Articulación y coordinación suponen la cooperación; pero las relaciones entre los agentes sociales no siempre son cooperativas, las hay también conflictivas, y los conflictos no solo se dan entre agentes morfogenéticos y morfoestáticos. Puede haber conflictos al interior de cada una de estas categorías. En su proceso de constitución, las unidades generacionales pueden tener relaciones de conflicto entre sí. Pero en la medida en que se despliegue la interacción social, sociocultural o de grupo, esas relaciones pueden convertirse en relaciones de cooperación. Ese cambio en las relaciones entre agentes, que puede haber derivado en la emergencia de unidades organizativas de un mayor nivel de articulación y coordinación, ha de ser considerado como uno de los resultados (de los cambios) en los procesos morfogenéticos o morfoestáticos. Este sería uno de los cambios operados a nivel de la agencia en el proceso de cambio estructural.

Las unidades generacionales, en tanto agentes sociales o políticos, tienen no solo propiedades emergentes, sino también poderes o fuerzas causales emergentes, que actúan tanto sobre las estructuras como sobre otras unidades. Entre estos poderes están la capacidad de articular intereses comunes, organizarse para la acción colectiva, generar movimientos sociales y ejercer influencia corporativa en la toma de decisiones. Estos

poderes se despliegan en la medida en que se despliega también la morfogénesis de la estructura. Y, dado el dualismo entre agencia y estructura, aquellos poderes son también responsables del cambio en la agencia.

Las unidades generacionales, en tanto agentes corporativos, conviven con otros agentes corporativos que no son unidades generacionales y con otros agentes, que Archer (2009) denomina “agentes primarios”. La distinción no reside en que las primeras sean colectividades y los segundos sean individuos. No. Ambos agentes son colectividades relacionales o grupos. Sin embargo, los agentes primarios, en un momento dado, “carecen de opinión sobre el modelamiento estructural o cultural. En ese momento, ni expresan intereses ni se organizan estratégicamente para conseguirlos, ya sea en la sociedad o en un sector institucional determinado” (Archer, 2009). Ello no obsta para que los agentes primarios tengan alguna incidencia en el contexto estructural que los agentes corporativos (generacionales o no) tratan de controlar. Con sus acciones y reacciones, los agentes primarios pueden afectar el logro de los intereses de los agentes corporativos. Las unidades generacionales tienen ante sí dos tareas: la búsqueda de sus metas según el contexto estructural previo, y esa misma búsqueda en un contexto influido por las acciones y reacciones de los agentes primarios.

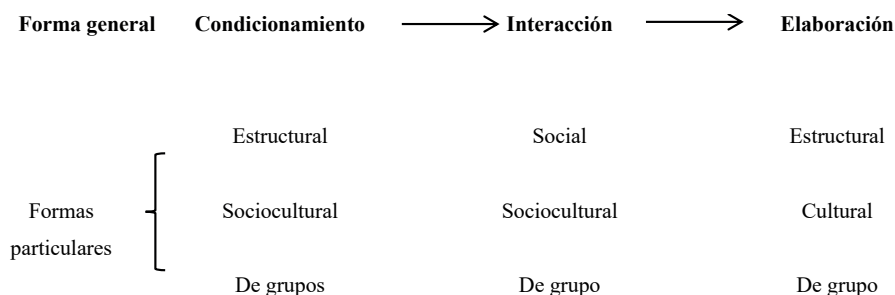
Como entre las posibles acciones y reacciones de los agentes primarios, en un momento determinado del ciclo morfogenético, pueden incluir su propia movilización, es decir, su constitución en agentes corporativos (generacionales o no), “el escenario morfogenético despliega precisamente las características opuestas; a saber, la expansión progresiva del número de agentes corporativos, de quienes están contados entre ellos, y una

divergencia de los intereses que representan, lo que resulta entonces en un conflicto sustantivo entre ellos. Acompañando este proceso se produce un declive complementario de agentes primarios, que se debe en parte a su movilización para unirse a los grupos de interés promocionales en ascenso y en parte a la formación de nuevos movimientos sociales y asociaciones defensivas, puesto que algunas de ellas se combinan para formar tipos nuevos de agencia corporativa” (Archer, 2009). Algunos de estos agentes primarios que se transforman en corporativos pueden estar constituidos generacionalmente. Otros, no. Esto implica que, si bien las unidades generacionales son agentes corporativos, el cambio operado en la agencia al final del ciclo no se da necesariamente en términos generacionales. Las unidades generacionales pueden haberse transformado, pueden haber aumentado o disminuido en cantidad; pero ellas no son todos los agentes corporativos participantes en la interacción social, sociocultural o de grupo. Otros agentes corporativos no son unidades generacionales. Y otros agentes primarios se constituyeron en agentes corporativos que tampoco son unidades generacionales. La perspectiva generacional no agota todo lo que sucede en los procesos morfogenéticos o morfoestáticos. La relación

entre agencia y estructura no es necesariamente generacional, aunque algunos agentes corporativos sean precisamente unidades generacionales y estas se encuentren entre los agentes iniciadores del ciclo morfogenético.

Finalmente, como los procesos o ciclos morfogenéticos/morfoestáticos pueden referirse a la transformación o reproducción de estructuras y agencia, analíticamente conviene identificar claramente en cuál de los tres ciclos (ver figura 3) interesa observar la constitución y transformación de los agentes sociales. En relación con las unidades generacionales, conviene precisar en cada momento a cuál de los ciclos morfogenéticos se está haciendo referencia: al de las estructuras o vigencias (el mundo de la generación anterior) que han decidido transformar, o al de su propia transformación (ver figura 4). No hay que olvidar que la constitución de las unidades generacionales se da en el mismo proceso de transformación del “mundo de los padres”. Sin embargo, al adoptar el dualismo analítico propuesto por Archer (2009) es posible separar el proceso de transformación de aquel “mundo de vigencias” (que incluye condicionamientos estructurales y culturales) del proceso de transformación de las unidades generacionales mismas.

Figura 3
Ciclos morfogenéticos/morfoestáticos posibles de estudio



Fuente: elaboración propia con base en Archer (2009) y Danermark (2016).

Figura 4
Ciclo morfogenético del “mundo propio” y de las unidades generacionales

Morfogénesis de un “mundo nuevo” de vigencias

Vigencias del mundo heredado

T₁

Interacción de las unidades generacionales y otros agentes sociales

T₂

T₃

Transformación del mundo heredado en un mundo propio

T₄

Morfogénesis de las unidades generacionales

Condicionamiento de agentes sociales (incluyendo unidades generacionales previas)

T₁

Interacción de agentes sociales (primarios y corporativos), donde tiene lugar la constitución de unidades generacionales nuevas

T₂

T₃

Transformación de la agencia, incluyendo nuevas unidades generacionales

T₄

Fuente: elaboración propia.

5. El doble juego entre unidades generacionales y la estructura política salvadoreña: 1970-2018

El cambio político operado en El Salvador entre 1979 y 1992 resulta idóneo para estudiar la morfogénesis tanto a nivel estructural como de la agencia. Lo es también para observar cómo en ese proceso intervienen unidades generacionales como agentes políticos. Con esta afirmación, no se está queriendo decir que el cambio político, operado a nivel de régimen, haya sido una cuestión meramente generacional. Algo así como si la historia la hicieran las generaciones o que no interviniesen unidades organizacionales de clase como agentes políticos también. Sin embargo, una nota característica del proceso de cambio o transición política salvadoreña es la presencia de personas menores de 40 años dirigiendo algunas de las principales organizaciones involucradas en ese proceso, especialmente en aquellas organizaciones político-militares que en 1980

constituyeron al Frente “Farabundo Martí” para la Liberación Nacional (FMLN). Como dichas organizaciones comenzaron a emerger desde 1970, este esbozo de historia analítica (representada en la figura 5) se extiende más allá del momento de constitución del FMLN y de la ruptura con el régimen político vigente hasta 1979. La mirada se extiende hasta abril de 1970 cuando emerge la primera organización guerrillera: las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) “Farabundo Martí”. Mediante sus diversas interacciones, los agentes políticos más relevantes en este proceso se fueron modificando a sí mismos a la vez que elaboraban una nueva estructura (un nuevo régimen político). El año 1992 marcaría el final de la morfogénesis estructural y de la agencia, en tanto en dicho año se pactan una serie de reformas políticas que posibilitan a su vez la transformación del FMLN de frente guerrillero a partido político, emergiendo en todo este proceso un nuevo sistema de partidos políticos como parte de la transformación operada en la agencia.

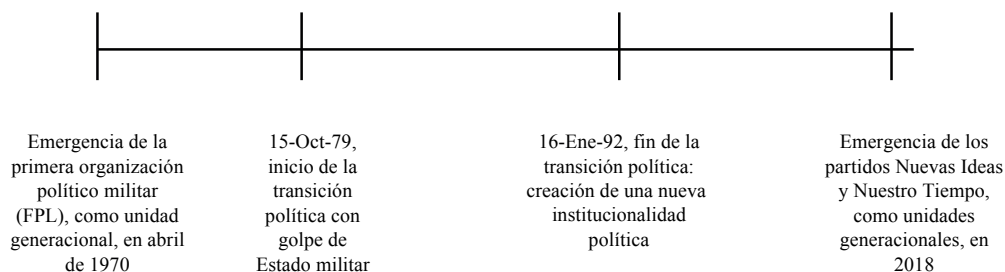
Figura 5
Unidades generacionales y cambio político en El Salvador

Condicionamiento político estructural:
 régimen autoritario, de corte militar

Interacciones de agentes políticos: partidos políticos compiten en elecciones, mientras que FMLN y FF. AA. se enfrentan militarmente; diálogo y negociación; transformación del sistema de partidos políticos

Elaboración estructural: Constitución de 1983, reformas constitucionales de 1991 y Acuerdos de Paz

Nuevo condicionamiento político estructural:
 régimen híbrido con elementos autoritarios y democráticos



Fuente: elaboración propia.

¿Por qué se afirma que las organizaciones político-militares que dieron origen al FMLN fueron unidades generacionales? En primer lugar, las dirigencias de las cinco organizaciones guerrilleras estaban integradas mayoritariamente por miembros que no habían cumplido los 40 años cuando fueron fundadas cada una de ellas. Este es un dato cronológico que, por lo expuesto en apartados previos, no es determinante para hablar de unidades generacionales. Sin embargo, es un dato que no debe soslayarse si, además, entre la militancia de base, también son predominantes los “jóvenes”, a tal grado que se podría delimitar una zona de edades entre los 20 y los 40 años para la mayoría de miembros de estas unidades generacionales.¹⁷

En segundo lugar, las modalidades organizativas y estrategias de lucha adoptadas por las organizaciones guerrilleras expresaban una ruptura con modalidades y estrategias previas. La organización clandestina, compartimentalizada, y la combinación de acciones políticas y militares, para alcanzar un mismo objetivo político, también representaba una novedad al inicio de la década de los setenta. De hecho, fueron decisiones sobre estas materias las que llevaron a la ruptura dentro del Partido Comunista Salvadoreño y a la escisión de los núcleos de los que emergerían varias de las organizaciones guerrilleras. En otras palabras, se estaba optando por modalidades y estrategias alejadas de las vigentes. Un nuevo mundo de vigencias organizacionales, con sus consecuencias prácticas, se estaba desarrollando. Las tomas de edificios, los secuestros

para obtener financiamiento para la lucha, los coches bomba, el retiro a la clandestinidad, los campos de entrenamiento militar, los mensajes radiales, etc. iban ganando espacio dentro del repertorio de acciones político-militares a los que la sociedad salvadoreña no estaba acostumbrada. Estas se daban en medio de las formas tradicionales de organización sindical y partidista, y de procesos electorales no competitivos o fraudulentos. Se trataba de una yuxtaposición o, como se dijo antes, de la coexistencia de, al menos, dos generaciones que siendo contemporáneas no eran coetáneas.

En tercer lugar, las nuevas modalidades organizativas, con sus correspondientes estrategias de lucha y fines perseguidos, implicaban también un proceso de construcción social de nuevas identidades colectivas. La organización guerrillera requiere de “guerrilleros”, “milicianos”, “comandos urbanos”, etc. que luchan por “el socialismo”, que son “anticapitalistas” y “antiimperialistas”. Estos modos de ser suponen una mística, una disciplina, y los “héroes” guerrilleros de otros lugares (Fidel Castro, Ché Guevara, Ho Chi Min, etc.) son los referentes con quienes se identifican tanto la organización como sus miembros. Los vínculos con organizaciones sociales de base hacen que los miembros de las unidades generacionales se “sientan” como sus legítimos representantes y dirigentes; junto con aquellas organizaciones forman “el pueblo” en cuyo nombre están dispuestos a dar su vida si es necesario.

17 La emergencia de unidades generacionales tuvo lugar también en ámbitos diferentes al político, como el arte popular y el religioso. En el primero destacan grupos de música popular “de protesta”, de teatro, incluyendo el de marionetas. En el segundo, impulsado en parte por la reforma eclesial que implicaba la aplicación del magisterio católico del Concilio Vaticano II (1962-1965) y de la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín (1968), grupos de jóvenes sacerdotes, religiosos y religiosas se lanzaron a poner en práctica formas novedosas de pastoral. La ruptura con las “vigencias católicas” elaboradas por generaciones anteriores se puso de manifiesto más claramente en la emergencia de comunidades cristianas o eclesiales de base y una reflexión teológica comprometida con la liberación de lo que aquellas solían denominar “estructuras de pecado”.

En términos de representaciones sociales, a los miembros de las unidades generacionales ideológicamente definidas como “de izquierda”, se les designaba como “los muchachos”, siguiendo el ejemplo de lo que acontecía en los mismos años en Nicaragua. Si no fuera porque la mayoría de estos “muchachos” estaban en la misma zona de edad, no se entendería por qué se les llamaba así. Ahora bien, un proceso similar, pero que está menos documentado, era la emergencia de unidades generacionales ideológicamente definidas como “de derecha”. Si aquellas dieron origen en 1980 al FMLN, estas dieron origen en 1981 al partido ARENA. Pero, mientras las primeras se orientaban hacia la morfogénesis, las segundas se orientaban hacia la morfoestasis. Y, sin embargo, entre algunas de estas también se optó por una vía armada como estrategia de lucha, como es el caso de los “escuadrones de la muerte”, también clandestinos, que “secuestraban”, ponían bombas y se identificaban como “nacionalistas” y “patriotas”.

El nuevo régimen político que emerge tras un largo proceso de interacciones entre unidades morfoestáticas y morfogenéticas tiene un carácter híbrido, en la medida en que combina reglas y procedimientos democráticos para el acceso a los puestos de autoridad (en el Gobierno) con patrones de comportamiento autoritarios.¹⁸ Dicho de otra forma, es un régimen que combina elecciones democráticas sin rendición de cuentas por parte de los funcionarios electos. El sistema de rendición de cuentas (Artiga-González, 2015) opera de manera deficitaria o simplemente no opera. Es probable que ninguno de los agentes involucrados en la transición tenía entre sus intenciones u objetivos originales la

instauración de un régimen de este tipo. Este habría sido un resultado no deseado de las interacciones entre aquellos, especialmente de los que tenían más peso político. Entre ellos estaban las unidades generacionales que integraban el FMLN. Su búsqueda de la revolución socialista, la dictadura del proletariado o de la alianza obrero-campesina fue cediendo espacio a un régimen democrático revolucionario encabezado por un Gobierno de amplia participación popular, que a su vez terminó siendo sustituido por el régimen híbrido vigente desde 1992. Este es ahora el condicionamiento político estructural para la emergencia de nuevos agentes políticos, incluyendo unidades generacionales que no se sienten comprometidas con vigencias elaboradas por las unidades generacionales que hicieron la guerra. Si las nuevas unidades generacionales, en tanto agentes políticos, tuvieran entre sus objetivos la transformación del régimen híbrido, ya sea en la dirección autoritaria o en la dirección democrática, un nuevo ciclo morfogenético podría estar comenzando en El Salvador. Si la derrota de ARENA y FMLN en las elecciones presidenciales de 2019 fuese parte ya de ese nuevo ciclo, una transformación en la agencia podría estar comenzando.¹⁹

Aunque no aparecen en la figura 5, porque esta se refiere específicamente a la morfogénesis política, los condicionamientos socioeconómicos, tecnológicos, ideológicos y jurídicos de la década de los setenta ya no son los mismos a finales de la década que inicia el 2010. Entre los cambios socioeconómicos más relevantes, con implicaciones directas en las posibilidades de articulación de intereses y movilización social, están, por un lado, la tercerización de la economía salvadoreña y,

18 Sobre esta clase de regímenes híbridos hablan, por ejemplo, Diamond (2004), Karl (1995), Levitsky y Way (2004), Morlino (2008), Szmolka Vida (2010).

19 Signos de una transformación en esta dirección pueden consultarse en Artiga-González (2019).

por otro lado, la urbanización de la mayoría de hogares salvadoreños. Por supuesto, no se puede dejar de mencionar la transnacionalización de las familias como resultado de los movimientos migratorios mayoritariamente hacia los Estados Unidos.

La revolución en las tecnologías de la información y la comunicación abre nuevas posibilidades de interacción política, así como vuelve obsoletas modalidades organizativas previas. La exposición a mensajes políticos a través de las redes sociales digitales disminuye el peso de la organización de base territorial para que los líderes y sus seguidores entren en contacto. A su vez, la comunicación política a través de tales redes puede ser menos verticalista, más pluralista y más inmediata. Incluso los costos para hacer política de masas podrían ser más baratos hoy que al inicio del ciclo morfogénico anterior. Adicionalmente, el acceso y la utilización política de las redes sociales digitales pueden tener impacto en los vínculos entre los miembros de los agentes políticos colectivos. En comparación con la solidez de los vínculos que podían observarse entre miembros de organizaciones políticas de “antaoño”, en las nuevas organizaciones de las “generaciones digitales”, los vínculos podrían ser menos sólidos, tendiendo a ser “líquidos” e incluso menos durables e intermitentes.

Vinculados a la era digital, los recursos ideacionales con los que pueden contar los agentes políticos del siglo XXI también se han multiplicado y diversificado aunque, paradójicamente, sean menos contestatarios a la ideología dominante. No es que no haya “pensamiento crítico”, sino que el pensamiento cada vez es “más superficial”, atrapado en los formatos digitales dominantes y en la multiplicidad y velocidad de las imágenes que circulan a través de las redes digitales. La expansión de la economía capitalista a nivel global y la conformación de un mundo

multipolar, dentro de la misma órbita capitalista, volvió obsoleto el maniqueísmo político de la Guerra Fría, en el que un “mundo más justo” (socialista) se contraponía a un “mundo injusto” (capitalista). Este tipo de recurso ideacional parece tener poco espacio y atracción para la movilización social y política. Las etiquetas ideológicas “izquierda” y “derecha” también parecen haber perdido su atractivo político, aún más cuando agentes políticos de izquierda aplican políticas públicas de derecha y agentes políticos de derecha utilizan recursos ideacionales tradicionalmente asociados a la izquierda.

La apertura política operada desde 1992 tuvo su impacto en el goce de libertades cívicas y políticas antes negadas a la oposición. En principio, hoy no son necesarias las organizaciones políticas clandestinas, como tampoco son necesarias las tomas de embajadas, templos, estaciones de radio para difundir mensajes políticos, pues hoy es posible hacerlo abiertamente a través de la radio, la prensa, la televisión y, por supuesto, en las redes sociales digitales. La vigencia de la libertad de expresión y de organización son conquistas en el terreno de los derechos humanos y ya no son demandas que deban ser politizadas. En cambio, a las “eternas” demandas salariales y de mejores condiciones laborales, se suman nuevas demandas de sectores sociales que buscan conquistarlas como derechos económicos, sociales, culturales, de los pueblos originarios e incluso medioambientales. La consecuencia de esta multiplicidad de demandas es la fragmentación de la agencia, incluyendo la incapacidad de su articulación en las “viejas” formas organizativas, especialmente las de carácter clasista.

El nuevo condicionamiento estructural tendrá implicaciones en el nuevo ciclo morfogénico para la clase de agentes que han de

emerger, la identidad colectiva que han de construir, las modalidades organizativas que han de adoptar, los fines y las estrategias que han de seguir. En cierta forma, aunque nada garantiza su consolidación como agentes políticos, Nuevas Ideas y Nuestro Tiempo emergen como unidades generacionales que han de construir sus propias vigencias. Solo así serán unidades organizativas de una nueva generación. En caso contrario, solamente serán nuevos agentes políticos en los que tienen protagonismo los jóvenes; pero unos jóvenes que no siendo coetáneos serían contemporáneos a la generación que elaboró el condicionamiento político actual.

Referencias bibliográficas

- Archer, M. (2009). *Teoría social realista: el enfoque morfogenético*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Artiga-González, Á. (2019). Elecciones 2019: la presidencia, el sistema de partidos y la forma de gobierno. *Estudios Centroamericanos* (ECA), 74(756), pp. 13-36.
- Artiga-González, Á. (2015). *El sistema político salvadoreño*. San Salvador: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Berger, P. y Luckmann, Th. (1976). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bunge, M. (2005). *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*. México: Siglo XXI Editores.
- Caballero Guisado, M. y Baigorri Agoiz, A. (2013). ¿Es operativo el concepto de generación? *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 56, pp. 1-44. Recuperado de <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/mcg1.pdf>.
- Danermark, B., Ekström, M., Jakobsen, L. y Karlsson, J. Ch. (2016). *Explicando la sociedad. El realismo crítico en las ciencias sociales*. San Salvador: UCA Editores.
- Diamond, L. (2004). Elecciones sin democracia. A propósito de los regímenes híbridos. *Estudios Políticos*, 24, pp.117-134. Recuperado de <https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/view/1365/1468>.
- Karl, T. L. (1995). The Hybrid Regimes of Central America. *Journal of Democracy*, 6(3), pp. 72-86. Recuperado de <https://muse.jhu.edu/article/16690>.
- Lazo, R. (1973). La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana. *Cuadernos del Centro de Estudios Literarios*, 5.
- Levitsky, S. y Way, L. A. (2004). Elecciones sin democracia. El surgimiento del autoritarismo competitivo. *Estudios Políticos*, 24, pp. 159-176. Recuperado de <https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/view/1368/1470>.
- Longa, F. (2017). ¿Existen las generaciones políticas? Reflexiones en torno a una controversia conceptual. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 58, pp. 205-224. Recuperado de <https://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/2051/1580>.
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, pp. 193-242. Recuperado de http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_062_12.pdf.

- Marías, J. (1949). *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.
- Martín-Baró, I. (1989). *Sistema, grupo y poder*. San Salvador: UCA Editores.
- Mascareño, A. (2008). Acción, estructura y emergencia en la teoría sociológica. *Revista de Sociología*, 22, pp. 217-236. Recuperado de <https://revistadesociologia.uchile.cl/index.php/RDS/article/view/14492/14805>.
- Morlino, L. (2008). ¿Regímenes híbridos o regímenes en transición? *Sistema*, 207, pp. 3-22. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/202104>.
- Ortega y Gasset, J. (2008). *En torno a Galileo*. Madrid: Alianza.
- Petersen, J. (1946). Las generaciones literarias, en Ermantinger, E. et al. *Filosofía de la ciencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Szmolka Vida, I. (2010). Los regímenes políticos híbridos: democracias y autoritarismos con adjetivos. Su conceptualización, categorización y operacionalización dentro de la tipología de regímenes políticos. *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), 147, pp. 103-135. Recuperado de <https://recyt.fecyt.es/index.php/RevEsPol/article/view/44340/25957>.